

BARÓMETRO INTERNACIONAL

VICTORINO PÉREZ
de la Redacción de "Excélsior"

Desafío Estudiado

"Gran salto atrás hacia la anarquía y el desastre." "Una vez más, en forma dramática, se descubre el comunismo y deja ver su rostro: un rostro sin amor, deformado por el odio." Y como estos dos podrían citarse otros cien comentarios, igualmente adversos, al estallido de la bomba de 50 megatones de la Unión Soviética.

Por supuesto, esa arma no tiene valor militar, pues su poder destructivo es muchas veces superior al necesario para demoler cualquier ciudad del mundo o cualquier blanco militar. Tampoco da prestigio, ya que es una arma que puede fabricarse, de cualquier tamaño, en Estados Unidos o en la URSS.

Así, pues, el estallido de la superbomba tuvo un solo propósito: intimidar. Intimidó, en efecto; pero al sentimiento de terror siguió otro mucho más marcado de indignación, especialmente porque, desde mucho tiempo atrás, el mundo entero venía implorando la suspensión de tales experimentos desenfrenados.

El gobierno soviético no ha informado a su pueblo acerca de la reanudación de sus experimentos atómicos. Tanto la prensa como la radio han guardado silencio acerca de la indignación mundial por la contaminación de la atmósfera terrestre.

Es evidente que ha crecido el antagonismo hacia la URSS por el abuso flagrante de los experimentos. Si Jruschov trató con ellos de dividir al mundo occidental, el resultado que obtuvo fue precisamente el contrario.

La versión de Jruschov ante la ola de protestas dirigidas al Kremlin, desde su anuncio de que haría estallar una superbomba, fue típicamente comunista: declaró que el mundo no comprendía bien los verdaderos motivos de la Unión Soviética para proseguir con sus ruidosos experimentos. Según él, "a los

pueblos de los países socialistas nada les agradaría más que ver la atmósfera del planeta limpia y despejada. Esos pueblos viven y trabajan para alcanzar un futuro feliz, para transformar a la tierra en florido jardín. Se preocupan, no sólo del presente, sino del futuro de la humanidad. Los hombres de ciencia rusos están haciendo todo lo posible para reducir los efectos dañinos de las pruebas. Pero no pueden abstenerse de ellas, porque así están protegiendo al Estado Soviético, amenazado por las potencias occidentales”.

El mundo contempló atónito un acto cuya enormidad parecía increíble: explosiones monstruosas que ponen en peligro la seguridad y la existencia misma de esta generación y de las futuras. Desde el estallido de la primera bomba atómica sobre Hiroshima surgió la tremenda duda de que el progreso científico no fuese tan deseable como se creía. Después de la nueva serie de experimentos, es ya manifiesto que el llamado progreso científico puede conducir, en su aspecto más importante, al caos.

Los rusos saben tan bien como los occidentales que en una guerra nuclear no habrá vencedores. La nación que sobreviva gobernará desde sus propias ruinas los despojos de las otras naciones. A los rusos no les puede atraer esa clase de victoria, que crearía problemas más graves de los que podría resolver.

El resultado casi inmediato de las explosiones rusas fue que el Presidente Kennedy ordenara preparativos para la reanudación de las pruebas termonucleares norteamericanas en la atmósfera. Justificó esa medida diciendo que la Unión Soviética ha mostrado desprecio completo por los intereses de la humanidad, primero al romper las negociaciones que se habían estado efectuando desde 1958 en Ginebra, encaminadas a un pacto que prohibiera definitivamente las pruebas nucleares, y después al hacer estallar en la atmósfera no una, sino más de 30 bombas de muy variada potencia.

Es de suponerse que la meta inmediata de los Estados Unidos en la reanudación de las pruebas nucleares será el perfeccionamiento de una bomba de neutrones, que produzca la muerte cómoda, sin destrucción material, con partículas que discretamente penetren hasta los refugios más profundos. Sin

embargo, algunos expertos dudan que la bomba de neutrones sea la "respuesta" definitiva a la amenaza soviética. En primer lugar, se ignora todavía cuáles puedan ser los efectos exactos de una bomba de neutrones. Tampoco se sabe a ciencia cierta si podrá construirse o no. En lo único que hay acuerdo es en que sería un arma táctica, en tanto que la bomba de hidrógeno es un arma estratégica: se le podría emplear en el campo de batalla, contra ejércitos enemigos, no contra ciudades y bases de proyectiles. Teóricamente, la bomba de neutrones es una bomba de hidrógeno sin detonador atómico, hasta ahora indispensable para lograr las altísimas temperaturas que se requieren para la iniciación de la fusión de los átomos de hidrógeno.

Se tiene entendido que los norteamericanos no harán estallar superbombas como la rusa de 50 megatones, sino artefactos pequeños y relativamente "limpios". Sea como fuere, la perspectiva de más residuos venenosos no es halagadora.

Contra la reanudación de las pruebas nucleares por parte de los Estados Unidos se esgrimen argumentos que no por lógicos tienen alguna probabilidad de ser aceptados en Washington. Como lo expresa una carta enviada a *The New York Times* por un profesor de ingeniería eléctrica de una universidad famosa: si los Estados Unidos cuentan ya con suficientes bombas y medios de arrojarlas para que resulte insensata una agresión del enemigo, o para aniquilarlo, aun después de un ataque a mansalva, no tiene caso invocar la seguridad del país y del resto del "mundo libre" como justificación para proseguir haciendo experimentos. El envenenamiento de la atmósfera es un acto criminal, y el hecho de que los rusos lo hayan cometido no autoriza a los norteamericanos a imitarlos, pues un acto inmoral nunca puede justificar otro de la misma índole. Las pruebas nucleares constituyen una provocación bélica que en ningún caso reduce la tirantez existente desde hace más de quince años. Aun suponiendo que las nuevas pruebas mejoren el tamaño, el peso, el costo y la potencia explosiva de las bombas, ninguna de esas "mejoras" permitirá a los Estados Unidos matar a más del ciento por ciento de los rusos, si ahora tienen ya los medios necesarios para hacerlo.

Los Estados Unidos se encuentran ante una situación muy delicada. Si no reanudan las pruebas, quizá estimen algunos que su seguridad se reducirá. Si las reanudan, deberán hacer frente a una opinión pública mundial adversa.

¿Cuál es, en realidad, el peligro de los desprendimientos radiactivos?

Ni Washington ni Moscú han revelado toda la verdad. Las explosiones de bombas de hidrógeno o de uranio y plutonio levantan grandes cantidades de tierra, en forma de la nefasta nube de hongo. Casi todo ese polvo cae al cabo de menos de veinticuatro horas en una región próxima al lugar del experimento. Otra parte llega hasta la estratósfera, en la que tal vez circule durante años enteros. Día tras día, las partículas caen a la tierra empujadas por los vientos y las lluvias. Ese polvo es peligroso, porque emite rayos X, o gamma, electrones de alta velocidad o rayos beta, así como átomos de helio o rayos alfa.

La radiactividad procede de dos fuentes. La explosión de una bomba nuclear generalmente significa la fisión del uranio o del plutonio. Los fragmentos de esos elementos son casi todos radiactivos, siendo los más importantes el estroncio-90, el cesio-137 y el yodo-131. La bomba de hidrógeno también crea neutrones o partículas subatómicas que convierten el nitrógeno del aire en otro elemento radiactivo, el carbono-14.

La radiactividad puede producir cáncer, acortar la vida, provocar la anemia, hacer al hombre estéril y a la mujer infecunda y multiplicar el número de niños con graves defectos ingénitos. Todo depende de la dosis.

Sin embargo, parece existir la seguridad de que la cantidad de residuos atómicos desprendidos de todas las explosiones realizadas hasta ahora es todavía insuficiente para causar la muerte de nadie. Al menos, eso se deduce de un anuncio publicado por el Servicio de Sanidad Pública de los Estados Unidos, en los primeros días de noviembre de 1961: "Los residuos que han caído hasta ahora en los Estados Unidos, a raíz de la nueva serie de pruebas nucleares soviéticas, no deben ser causa de preocupación indebida ni de que se tomen providencias sanitarias destinadas a limitar la absorción de

materiales radiactivos por individuos o por grandes grupos de población, en ninguna parte del país."

Al decir de Glenn Seaborg, Presidente de la Comisión de Energía Atómica de los Estados Unidos, "en conjunto", los Estados Unidos siguen a la cabeza de la Unión Soviética en la reserva de armas atómicas y en los conocimientos respecto a la producción de esas armas. Sin embargo, según él, si los Estados Unidos siguen haciendo pruebas subterráneas solamente y los soviéticos prosiguen con sus pruebas en la atmósfera, con el tiempo los rusos aventajarán a los norteamericanos.

Aunque el desarme es la solución obvia de esta competencia insensata entre la Unión Soviética y Occidente, las diferencias entre los dos bandos son tan irreconciliables que esa solución parece estar relegada a un futuro muy remoto.

Los Estados Unidos y el bloque soviético rechazaron la proposición de una nueva moratoria voluntaria de los experimentos nucleares, patrocinada en la Comisión Política de las Naciones Unidas por la India y otros países neutrales, alegando que esa moratoria "no podría ser eficaz". En la opinión de los Estados Unidos, sin un tratado que establezca el mecanismo de inspección, no habría garantías de que la moratoria se cumpliera. Al decir de Rusia, sólo es posible poner fin a las pruebas nucleares mediante la concertación de un acuerdo general de desarme.

El punto de vista de los 72 países que se pronunciaron en favor de dicha moratoria lo resumió el delegado mexicano Luis Padilla Nervo al decir que "las pruebas deben ser proscritas para siempre y prohibidas mediante un tratado que jurídicamente obligue a los participantes... El control internacional es necesario, pero no puede remplazar a la buena fe... La opinión pública no distingue entre los residuos que vienen de Oriente o de Occidente. No es mejor morir a manos de un amigo, que de un enemigo..." Añadió el representante de México que los estados perjudicados por la caída de residuos atómicos tienen el derecho de llevar sus reclamaciones contra las naciones que hacen estallar bombas nucleares ante la Corte Internacional de Justicia y que las Naciones Unidas, a su vez,

tienen el deber de expresar la opinión mundial, que protesta contra las pruebas, y “pueden y deben proclamar la ley moral que debe regir la conducta jurídica de los Estados”. Indudablemente, no.

El mundo ha cambiado muchísimo, tecnológicamente, desde que murió Stalin. Ahora hay cierto nivel de terror, de una y otra parte. La Unión Soviética y los Estados Unidos pueden destruirse mutuamente. Jruschov tiene en la Unión Soviética el poder político predominante, pero no es omnipotente. Parece indudable que las ambiciones de Jruschov son el establecimiento de un estado mundial comunista bajo el dominio de los soviéticos. Ese es el reto que está lanzando al mundo occidental. El reto también es político, económico e ideológico. La ideología comunista, con su promesa de una vida mejor, tiene cierto atractivo en los países subdesarrollados.

Jruschov constantemente advierte a los países comunistas contra el “aventurismo militar”. No quiere poner en peligro el inmenso triunfo que han obtenido emprendiendo aventuras militares en estos momentos. Después de todo, alrededor de la tercera parte del género humano vive ahora bajo la dictadura comunista.

A diferencia de lo que ocurría en la década de 1930 y en la de 1940, no es ya seguro que pueda haber vencedores en una guerra mundial. Es indudable que la Unión Soviética tiene tan poco interés como Occidente en provocar una guerra que la destruya a ella, aunque también destruya a sus enemigos. Los propósitos comunistas no son limitados. Mientras Occidente concentre su atención en la personalidad de Jruschov, perderá de vista la realidad del reto comunista.

Lo que hace que ese reto sea especialmente peligroso no es su aspecto militar, sino que se basa principalmente en una ideología que propone suministrar soluciones disolventes a muchos problemas.

Crepúsculo del Caudillo

La decisión de Jruschov de retirar el cadáver de Stalin del mausoleo de la Plaza Roja de Moscú, en el que hacía compa-

ña al de Lenin desde marzo de 1953, ha señalado el fin definitivo del culto a la personalidad del ídolo derribado parcialmente en 1956; y a la vez el principio de otro culto, con la erección de un pedestal, presuntamente destinado a soportar el peso de la doctrina marxista-leninista, pero capaz también, si la ocasión lo demanda, de sostener a un nuevo ídolo.

El efecto inmediato más importante de esa decisión ha sido profundizar las diferencias entre la Unión Soviética y China comunista. Durante su breve estancia en Moscú, con motivo del 22º Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, el Primer Ministro Chou En-lai depositó aparatosamente dos ofrendas florales en la base del mausoleo de Lenin y Stalin. Una de ellas llevaba esta inscripción: "A Joseph Visarionovich Stalin, el gran marxista-leninista."

Desde 1956, los comunistas chinos dieron a entender que Jruschov se había excedido en su famoso discurso secreto, en el que expuso los crímenes de Stalin. Aunque reconocían que éste había cometido algunos errores, sostenían que el gran dirigente no podía ser olvidado, "por su gran obra constructora". Supónese que la defensa que hacen los jerarcas chinos de Stalin se basa, en parte, en el hecho de que la actual campaña soviética antistalinista puede ser interpretada como un ataque contra Mao Tse-tung. En China, Mao recibe ahora el mismo trato glorificado y la adulación que fueron privilegios de Stalin en la Unión Soviética durante las tres décadas de su dominio absoluto. Además, en la presente lucha dentro del mundo soviético, los dirigentes rusos han tratado de retratar a sus colegas asiáticos como stalinistas. En el vocabulario soviético de ahora, "stalinista" es sinónimo de "dogmático", o persona que cree que las ideas comunistas del pasado, ya hayan sido enunciadas por Lenin o Stalin, deben ser respetadas y no modificadas, como pretende modificarlas Jruschov.

A diferencia de la reacción que produjo en China la degradación definitiva de Stalin, en Europa Oriental causó júbilo. El mayor regocijo se notó en Belgrado, cuartel general de los comunistas yugoslavos jóvenes, a quienes Stalin excomulgó en 1948 y trató de aniquilar durante los cinco años siguientes. Los polacos también tenían un resentimiento muy hondo con-

tra Stalin porque antes de la segunda guerra mundial ordenó la disolución del partido comunista polaco y la ejecución de muchos de sus dirigentes. En Hungría, los comunistas del país nunca han olvidado que fue Stalin quien mandó matar a Bela Kun, jefe del efímero gobierno comunista magiar, después de la segunda guerra mundial.

En cuanto a la Unión Soviética, al menos por el momento, los stalinistas del Partido Comunista han sido completamente derrotados. Fueron sin duda esas fuerzas las que evitaron que el cadáver de Stalin fuera retirado de su imponente tumba a raíz del discurso secreto de Jruschov ante el 20º Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética.

Ahora, los historiadores soviéticos se enfrentan a la inmensa labor de escribir de nuevo la historia de Stalin. Será ésa la segunda revisión considerable que hagan de esa biografía desde 1953. La primera revisión fue ordenada allá por 1955, pero su fin principal era borrar la impresión de que Stalin había sido infalible y el autor único de los grandes triunfos militares y políticos de la Unión Soviética.

Indudablemente, en la nueva biografía oficial de Joseph Vissarionovich Djugashvili figurará el "testamento" de Lenin, quien dijo:

El camarada Stalin, al convertirse en Secretario General, ha concentrado en sus manos un poderío inmenso; y no estoy seguro de que siempre pueda emplear ese poderío con cautela suficiente. . .

Stalin es demasiado rudo, y ese defecto. . . se vuelve insoportable en una persona que ocupe el cargo de Secretario General. Por lo tanto, propuse a los camaradas que encontraran la forma de retirar a Stalin de ese cargo y de nombrar a otro hombre. . . más paciente, más leal, más cortés y más atento hacia sus camaradas.

El resultado que a la postre produzca la degradación de Stalin quizá ni el mismo Jruschov lo pueda prever. Hay constantes indicios de que al pisotear ahora al ídolo derribado desde 1956 el actual primer ministro soviético abrió los ojos a un sector considerable de la sociedad rusa, especialmente el formado por los intelectuales. Éstos empiezan a demandar, en

conversaciones privadas y hasta públicas, que los periódicos y otros medios de información les suministren en lo sucesivo noticias fidedignas y frescas.

Surge la pregunta de por qué Jruschov insistió tanto, durante el 22º Congreso del Partido Comunista, en terminar la labor destructora de la leyenda de Stalin, que había iniciado cinco años antes. Indudablemente el primer ministro soviético se dio cuenta que corría ciertos riesgos. Algunos observadores occidentales creen que Jruschov obró en consonancia con los fines declarados en la carta del partido comunista, que señala una representación más amplia y mayor discusión de problemas internos y externos del país dentro de los órganos administrativos del partido comunista. Esas innovaciones en la carta están prescritas dentro de la estructura del "centralismo", que asegura la dictadura escalonada, desde los niveles superiores hasta los inferiores.

Otra explicación que se da a la conducta un tanto extraña de Jruschov al arremeter contra la leyenda de Stalin, es que le urgía desacreditar a los conservadores recalcitrantes dentro del partido, que han opuesto resistencia a las reformas económicas y políticas introducidas después de la muerte de Stalin. Esa oposición se había manifestado en una actitud apática, cuando se trataba de llevar a cabo la política oficial, más bien que en protestas explícitas.

El único que al parecer se atrevió a criticar a Jruschov, aún después de haber sido castigado con un ignominioso destierro en Mongolia Exterior y después semiperdonado, con un cargo insignificante en Viena, fue el antiguo brazo derecho de Stalin, Vyasheslav Molotov, quien, según las acusaciones que le lanzaron en el Congreso los portavoces de Jruschov, intentó en abril de 1961 publicar en la revista *Kommunist* un artículo que fue rechazado, porque hacía citas de Lenin "de manera inadecuada y fuera de contexto". Además, el ex ministro soviético de Relaciones reanudó su ofensiva ideológica mediante una carta que dirigió al Comité Central, en la que criticaba el espíritu del nuevo programa del partido comunista.

Esa denuncia, hecha en vísperas de que se iniciara el 22º

Congreso, fue la gota de agua que derramó el vaso. Parece que entonces Jruschov comprendió la existencia de una verdadera corriente de oposición, a la que Molotov servía de portavoz, por lo que decidió aniquilar de una vez por todas al grupo "antipartido" en el que, además de Molotov, figuraban Malenkov, Kaganovich, Shepilov, Bulganin, Voroshilov y otros. Al anciano mariscal Voroshilov se le obligó a confesar públicamente sus pecados, y ya humillado, se le permitió que termine sus días, sin pena ni gloria, en algún lugar apartado.

Sería erróneo interpretar la purga jruschoviana de los stalinistas como un esfuerzo por introducir en la Unión Soviética normas más ajustadas a la filosofía marxista original. Como lo ha hecho observar el filólogo polaco Adam Shatk, considerado como uno de los teóricos marxistas más señalados, la falta de libertad en los países comunistas ha sido, y continúa siendo, la marca distintiva de esas naciones. Los comunistas "buenos" ni siquiera deben suponer que esa falta de libertad existe. A ninguna nación que se rija por el marxismo le es dado otorgar a sus ciudadanos libertades plenas, porque tal cosa incluiría el derecho del pueblo de rechazar la infalibilidad del dogma marxista. Dondequiera que los gobernantes comunistas han hecho experimentos con la libertad —como en China, durante el breve período de las "cien flores" en que Mao Tse-tung permitió la discusión sin trabas de los problemas del país— el resultado ha sido la represión sangrienta de todos aquellos que se han atrevido a expresar pensamientos no comunistas, anticomunistas o simplemente contrarios a los intereses del régimen. Lo menos que quieren las presentes burocracias comunistas de todo el mundo es el libre flujo de ideas.

La Arrogante Albania

La prueba más reciente de que el Kremlin no admite discrepancias, porque se considera como el único intérprete autorizado del marxismo-leninismo, la encontramos en la excomunión, por Jruschov, de Enver Hoxha de Albania, por "apartarse de la política aprobada por el movimiento comu-

nista mundial en lo que concierne a los problemas más importantes de nuestros tiempos”.

La historia de los malos entendimientos que han existido desde mucho tiempo atrás entre Moscú y Tirana es por demás curiosa y reveladora. Cuando en 1955 Jruschov adoptó la política de liberalización limitada, con el objeto de atenuar los excesos del stalinismo, Hoxha no tomó ninguna medida en su pequeño país para reducir el poder de la policía secreta, poner fin a las detenciones arbitrarias y a los juicios sumarios, clausurar los campamentos de concentración o permitir un “deshielo” en la literatura y las demás artes. Mantuvo a Stalin en su pedestal y su dictadura personal continuó inmovible. Molestó a Hoxha especialmente que Jruschov pretendiera arreglar el conflicto provocado por Stalin con el mariscal Tito. Hoxha se mostró absolutamente opuesto a una reconciliación con Tito, a quien acusaba de haber conspirado, antes de 1948, para absorber a Albania en la Federación Yugoslava.

El antagonismo entre Hoxha y el Mariscal se agudizó por el visible contraste ante las condiciones paupérrimas de Albania y las relativamente prósperas de su vecina Yugoslavia. En tanto que la política más liberal de Tito permitía al pueblo yugoslavo disfrutar de una vida mejor, los albaneses seguían padeciendo privaciones, bajo un régimen de opresión stalinista no diluida. Tito estaba realizando una labor aún más eficaz que la de Jruschov al demostrar que el antistalinismo lograba maravillas. Respirando por la herida, los comunistas albaneses organizaron una campaña implacable contra los “revisionistas” yugoslavos, a quienes calificaban de lacayos de Occidente y, especialmente, del imperialismo norteamericano.

El aislamiento geográfico de Albania del resto del bloque comunista ha sido un factor importante en el desacuerdo de ese país con la política de Jruschov. Ese aislamiento induce a Hoxha a oponerse a cualquier plan de tregua en Europa Central que pudiera preparar el camino para convertir a esa región en zona desmilitarizada. Con frecuencia cada vez mayor, Hoxha dio muestras de que tomaba el bando de China en cuestiones de política internacional. Mientras Jruschov y

los jefes de los regímenes comunistas de Europa Oriental hacían hincapié en la coexistencia pacífica y en la posibilidad de la expansión comunista, sin necesidad de recurrir a la guerra, Hoxha se dedicaba a lanzar violentos ataques contra el imperialismo occidental y contra la “agresión” de los Estados Unidos dirigida hacia China. Mientras Jruschov persistía en inducir a Tito a que reingresara al redil soviético, Hoxha y sus corifeos arremetían contra el líder yugoslavo y daban a entender que era imposible un acercamiento con él.

El empeoramiento de las relaciones soviético-albanesas llegó a su culminación cuando Jruschov decidió utilizar el Tercer Congreso del Partido de los Trabajadores Rumanos, efectuado en Bucarest en julio de 1960, como tribuna para proclamar la aprobación de su política por los líderes de los partidos de todo el bloque comunista de Europa.

Hoxha no se presentó en esa asamblea, sino que envió a un sustituto insignificante. En el congreso, Jruschov pronunció un discurso que tenía todas las apariencias de instrucciones generales acerca de la política que debían seguir los satélites. En Moscú, *Pravda* publicó el texto íntegro del discurso. En Tirana, la versión que dio el órgano central del partido albanés omitía todos aquellos pasajes en que Jruschov había defendido la tesis de que algunos de los puntos de vista de Lenin acerca del imperialismo y de la inevitabilidad de la guerra resultaban anacrónicos. Ya para fines de 1960 era manifiesto que Jruschov había decidido intentar nuevamente que cesara la tendencia que estaba poniendo en peligro la sacrosanta unidad del mundo comunista. En noviembre se reunió en Moscú una conferencia de los más altos representantes de 81 partidos comunistas para enterarse de la situación internacional y preparar un programa común que tuviera el timbre de un nuevo manifiesto comunista. Afirmase que hubo violento choque entre el punto de vista de los soviéticos y el de los comunistas chinos y que Hoxha, hablando en nombre del partido albanés, se pronunció en favor de los delegados chinos. Esto provocó una disputa entre Hoxha y Jruschov. Corre la versión de que el jefe albanés llamó al soviético “revisionista”, a lo cual el último replicó: “Me ha llenado usted de lodo el rostro y algún

día tendrá que limpiarlo." Esa misma noche, Hoxha salió de la villa asignada a la delegación albanesa y fue a dormir a la embajada de su país. Al día siguiente, tomó el avión rumbo a Tirana, sin esperar a que se le obligara a lavar rostros ajenos.

Poco después de la reunión de Moscú resurgió el conflicto. Como Jruschov no podía atacar directamente a Mao Tse-tung, arremetió contra los partidarios del chino en Europa. Para ello se sirvió del incondicional Walter Ulbricht, de Alemania Oriental, quien acusó concretamente a Hoxha de dogmatismo y sectarismo. Lejos de amilanarse, Hoxha llevó a cabo, en el verano de 1960, una purga de todos aquellos comunistas albaneses que mostraban, o habían mostrado, simpatía por el régimen de Moscú. Cayeron entonces muchas cabezas, inclusive la de Liri Belishova, una de las fundadoras del partido albanés y heroína de los guerrilleros.

Después de la purga, reunióse el 4º Congreso del Partido Albanés, en febrero de 1961, con asistencia de 800 delegados locales y extranjeros. Todo se arregló de acuerdo con la más pura tradición stalinista del culto de la personalidad. En ese ambiente de adulación, Hoxha se sintió con ánimos para mostrarse desafiante una vez más. Subrayó que el partido albanés continuaba sin desviarse de la política marxista-leninista y puso claramente de manifiesto que la interpretación que él daba al marxismo-leninismo era distinta de la versión de Moscú, al citar tres veces a Stalin en apoyo de sus puntos de vista y no mencionar para nada a Jruschov.

Dejó a los "fraternales delegados" del partido soviético y de otros del bloque comunista la labor de restablecer el equilibrio, si tal cosa era posible. El delegado soviético declaró que la única solución era la coexistencia pacífica. El delegado polaco defendió la actitud soviética en términos aún más vehementes. Pero el delegado chino expresó que le complacía muchísimo ver que el heroico pueblo albanés se hallaba reunido en torno de su amado jefe Enver Hoxha, a quien alabó por su firme oposición a los "traficantes imperialistas de la guerra" y a los "revisionistas", que pretendían mancillar la pureza del marxismo-leninismo.

El Congreso de Tirana significó un triunfo completo para

Hoxha, quien fue reelecto para el cargo de Primer Secretario del partido. Robustecido de esa manera, siguió asumiendo una actitud desafiante hacia Moscú. No asistió a la conferencia del Pacto de Varsovia, efectuada en marzo de 1961 en la capital soviética, y el comunicado final acerca de esa junta lo publicó el órgano del partido albanés sin ningún comentario editorial.

Velo Transparente

Así las cosas, Nikita Jruschov escogió el suntuoso foro del Palacio de los Congresos, construido dentro del Kremlin, con el fin de que en él se desarrollara el 22º Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, para convertir a Albania en el símbolo de una lucha ideológica, de proporciones monumentales, entre Moscú y Peipín. Ante más de 4,000 delegados, procedentes de las quince repúblicas soviéticas y de 83 países en los que funcionan partidos comunistas, quienes llenaron el auditorio, el Primer Ministro ruso arremetió indirectamente contra China, al quejarse de que el Partido Comunista Albanés había persistido en su empeño de continuar rindiendo culto al stalinismo, cosa que la actual dirección soviética no podía tolerar, ni de Albania, ni de nadie más.

Desde ese momento, el Primer Ministro Chou En-lai fue el centro de la atención de la asamblea. El dardo había descrito una parábola y dado en el blanco. Chou aceptó el reto y al día siguiente, desde la tribuna, reprochó a Jruschov su “condenación pública” de Albania, y añadió que “exhibir abiertamente, en presencia del enemigo, las diferencias entre países hermanos, no puede considerarse como forma marxista-leninista de resolver disputas, ya que de esa manera sólo se logra mortificar a los amigos y deleitar a los enemigos”. Al concluir su alocución, Chou estrechó la mano del presidente de la asamblea, así como la de Koslov, quienes se sentaban a la derecha e izquierda, respectivamente, del Primer Ministro Jruschov, pero no estrechó la de éste. Después, entre los escasos aplausos del público, Chou volvió a su puesto.

Empeñada de esa manera la lucha entre los dos gigantes

del comunismo, la voz de Albania, considerada hasta entonces como insignificante, ha empezado a escucharse como si partiese de un megáfono colocado en Tirana y conectado en Peipín. A los ataques de Jruschov contestó Hoxha desde su refugio balcánico que eran "calumnias antimarxistas" y amenazó con hacer públicos documentos que "desenmascararían los actos antimarxistas y antialbaneses de Nikita Jruschov y su grupo". Remató su desafiante réplica con la observación de que el discurso de Chou En-lai había sido "muy acertado". Varios días antes de que terminara el Congreso, Chou regresó a Peipín, cual si quisiese subrayar que su misión en Moscú había terminado.

Las diferencias ideológicas entre Moscú y Peipín son mucho más antiguas que las existentes entre Moscú y Tirana. Puede decirse que datan de mucho antes que los comunistas chinos llegaran al poder. El primer desacuerdo grave surgió en 1924, cuando Stalin ordenó al entonces muy débil partido comunista chino que se fusionara con Chang Kai-Shek, para poder así colaborar con Rusia en su largo empeño de expulsar a los occidentales de China. Después de la segunda guerra mundial, Moscú sentía tan poco respeto por los comunistas chinos que no tuvo empacho en dismantelar todas las fábricas japonesas de Manchuria y llevarse la maquinaria a Rusia. En sus tratos comerciales con los nuevos amos de China, los rusos los obligaron a pagar precios exorbitantes por los productos que les vendían, no obstante que los mismos podían obtenerse en Hong Kong por menos.

Desde el famoso discurso secreto de Jruschov, los desacuerdos entre Moscú y Peipín han ido en aumento. Como sugirió Chou al defender a Albania ante la plana mayor comunista, la ropa sucia marxista no debe lavarse en público. Eso no obstante, los chinos nunca han ocultado su temor de que Jruschov restablezca la autoridad suprema que tenía el Kremlin sobre todo el bloque comunista durante la época de Stalin.

Los dirigentes chinos consideran que tienen derecho a contribuir a moldear la política comunista mundial. Por eso se consideraron autorizados a defender el derecho de Polonia a

buscar su propio camino hacia el socialismo, a aconsejar la rápida supresión de la revuelta húngara y a negarse a hacer las paces con Tito. Ahora se creen autorizados a invadir el coto, al establecer una cabeza de puente en Albania, frente al Adriático, en donde hasta hace poco los rusos tenían una base naval. Cuando en 1958 Jruschov sugirió una asamblea cumbre sin la participación de China roja, los dirigentes de Peipín se sintieron insultados.

La conocida oposición china a la política de "coexistencia pacífica" reviste varios aspectos. El más importante es quizá la división entre los países "que tienen" y los que "no tienen", para emplear la terminología de la época anterior a la segunda guerra mundial. La Unión Soviética, después del derrumbe del Eje, se convirtió de país que "no tiene" en país "que tiene". Así, pues, fundamentalmente ahora es conservadora. China, en cambio, continúa siendo un país que "no tiene" y, por lo tanto, se inclina, de la misma manera que se inclinaron las potencias del Eje, a arriesgar el todo por el todo, con la esperanza de satisfacer sus ambiciones. Aunque ningún dirigente comunista puede desear la guerra termonuclear, China y otros países que "no tienen" muestran marcada tendencia a "marchar al borde del abismo". Además, según la teoría leninista, aceptada como dogma por Mao, "la guerra es inevitable" y la única forma eficaz de acabar con el capitalismo imperialista enemigo. Por lo tanto, mientras más pronto llegue el baño purificador de sangre, más pronto se alcanzará la meta del mundo ideal comunista.

Otro desacuerdo fundamental entre Moscú y Peipín se encuentra en la forma correcta de lograr la hegemonía en el mundo colonial e insuficientemente desarrollado. En esa pugna, diríase que Peipín tiene ciertas ventajas sobre los rusos. Muchos comunistas de Asia, África e Iberoamérica se sienten más atraídos por la agresiva estrategia revolucionaria de Mao que por el cauto estira y afloja de Jruschov. En realidad, los únicos que apoyan sinceramente a los rusos en su querella con los chinos son los partidos comunistas de Europa. Los rojos de las colonias y de los países atrasados empiezan a poner los ojos en Peipín, como su guía y apoyo. Cuba es un

ejemplo sobresaliente. En ese aspecto, Jruschov se encuentra ante un dilema: si continúa con su actual política de "coexistencia pacífica" se expone a perder, en favor de China, la adhesión de los movimientos comunistas de las zonas coloniales y subdesarrolladas; si se inclina por la estrategia revolucionaria china, tiene entonces que renunciar a sus esperanzas de conseguir pacíficamente la supremacía del mundo.

Hasta ahora no hay ningún indicio de que Jruschov se proponga cambiar de rumbo, ni tampoco que los chinos estén dispuestos a renunciar a sus teorías "puras" y a abandonar su empeño de lograr en una sola generación lo que los rusos están dispuestos a consolidar en varias. La pugna chino-soviética la sintentizó muy poéticamente el ministro de Relaciones Chen-yi cuando dijo: "De nuestro suelo comunista han brotado dos flores: la soviética y la china. Sus colores son distintos."

La Tierra de Promisión

El espíritu esencialmente conservador del régimen de Jruschov, al menos en lo que se refiere a sus planes internos, que corresponde a un estado "que tiene" y que, por lo tanto, desea conservar lo que ha conquistado y alcanzar lo que le falta por conquistar arriesgándose lo menos posible, se manifiesta con claridad en el nuevo programa del partido comunista soviético para los próximos veinte años, que aprobó por unanimidad, como era de esperarse, el 22º Congreso del Partido Comunista.

Trátase de una utopía remota, que señalará el comienzo de un período dorado, en el que todos los sufrimientos y todas las tribulaciones soportadas hasta ahora por el pueblo soviético en nombre de su "gran causa" serán recompensados abundantemente, con premios tan apetecibles como los siguientes: El inevitable desmoronamiento del capitalismo y el triunfo mundial del socialismo; la producción, para 1980, de más artículos industriales de los que ahora se producen en todo el mundo no socialista, lo que permitirá al pueblo soviético disfrutar de un nivel de vida superior al de cualquiera nación capitalista; la semana de trabajo de treinta a treinta y cinco

horas (1970), sin que un solo trabajador de la Unión Soviética reciba salarios bajos; viviendas propias para cada familia rusa, sin la humillante necesidad de pagar arrendamiento y cuotas de luz y agua; la inversión por el Estado de dos mil millones de rublos en instalaciones productivas; el crecimiento, durante las dos próximas décadas, de la industria pesada soviética a un ritmo 20 % más rápido que el del aumento de la producción de artículos de consumo; la quintuplicación, durante los próximos veinte años, del producto bruto nacional soviético; la sextuplicación de la producción industrial y la triplicación de los productos agrícolas; la producción, allá por 1980, de 50 % más energía eléctrica que de la ahora producida en todos los países del mundo; la producción anual, también en 1980, de 250 millones de toneladas métricas de acero; la quintuplicación, en 1980, de los artículos de consumo producidos ahora; la asombrosa promesa de que para 1980, del 75 al 80 % del costo de sustento y de educación de los niños se cubrirá con fondos del Estado; la eliminación gradual de la dictadura del proletariado, necesaria para establecer el socialismo, pero no para construir el comunismo; la educación universitaria gratuita de 8 millones de jóvenes soviéticos, allá por 1980; la abolición de la guerra durante esta generación, y el desarme general y completo, bajo estricta vigilancia internacional, aunque por ahora el Ejército Rojo seguirá obteniendo todo lo necesario para conservar su supremacía.

En todo este singular proyecto se hace manifiesto el optimismo de Jruschov acerca de la potencialidad económica rusa bajo su sistema. Reitérase asimismo su ideología: no obstante la inevitabilidad del derrumbe capitalista y el triunfo de la revolución comunista en todos los países, es posible evitar una guerra mundial. En el programa anterior, de 1919, mucho más agresivo que el nuevo, se sostenía la inevitabilidad de las guerras imperialistas, que tenderían a degenerar en guerras mundiales. La nueva versión afirma que las guerras pueden y deben ser evitadas, aunque las de "liberación contra el imperialismo" son deseables. Las revoluciones socialistas pueden ocurrir sin guerra civil y violencia armada, aunque es nece-

sario prever la posibilidad de una "transición no pacífica hacia el socialismo".

Puede observarse que, a diferencia del programa de 1919, el de 1961 no se ocupa únicamente de lo inmediato, sino también de lo remoto, y hasta de lo simplemente deseable. Un programa de esa índole, necesariamente tiene que ser conservador. Aunque promete a la generación presente el ingreso en la tierra prometida de la sociedad comunista, no señala concretamente ninguna fecha para ese ingreso. El desvanecimiento del estado ocurrirá únicamente después del desarrollo completo de la sociedad comunista. Lo que vislumbra para los próximos veinte años es enorme mejoramiento de las normas de vida, la creación de un estado de beneficencia, en el que se acentúe el suministro de artículos y servicios a través del gobierno: vivienda propia, vacaciones pagadas, pensiones de ancianidad, atención médica y beneficios por incapacidad, distribución gratuita de medicinas, almuerzos en las escuelas, educación elemental y superior pagada por el Estado, etc. Así, el régimen soviético de 1980 se asemejará mucho al establecido ahora en casi todos los países avanzados de Occidente.

Nótase también lo conservador del nuevo programa en la declaración de que debe conservarse intacto el suministro de artículos a cambio de dinero y el principio de que los precios deben siempre permitir "cierta utilidad", en contraste señaladísimo con el programa de 1919, que se pronunciaba en favor de la sustitución del comercio por la distribución de artículos por el Estado y por medidas que condujeran a la abolición del dinero.

Todo el programa está redactado en forma que dé la impresión de que están por producirse, o se están produciendo ya, cambios sensacionales en el estado soviético, pero, en realidad, contiene muy poco que pueda considerarse como radical, salvo su fraseología revolucionaria.

La Palabra Clave

Sería más fácil mezclar agua y aceite que la construcción del estado comunista y la guerra atómica total. De ahí que

encaje muy bien, dentro de las complejas maniobras de Jruschov, el que, en el mismo Congreso en que anunció el estallido de la monstruosa bomba de 50 megatones, expulsó a Stalin de su tumba de honor, declaró abiertamente la enemistad hacia el pequeño rebelde albanés, ahondó por ello sus diferencias con el coloso asiático del comunismo y describió a través de los prismáticos de su optimismo la tierra prometida soviética, que su pueblo alcanzará cuando él ya no exista, haya retirado su ultimátum concerniente a la entrega de Berlín Oriental (con todas sus consecuencias, para el régimen sujeto de Ulbricht), antes que terminara el año de 1961. Esta retractación alivió la crisis en la ciudad aislada y redujo la posibilidad de un error funesto que llevara a la destrucción en masa, que nadie desea.

Posteriormente, Jruschov expresó el deseo de negociaciones entre su país y las potencias de Occidente e hizo la sorprendente declaración de que comprendía que esas negociaciones serían fútiles si quienes participaran en ellas no estaban dispuestos a ceder algo, a cambio de obtener algo.

Tal cosa no significa que vayan a desaparecer de la noche a la mañana las odiosas restricciones impuestas por los soviéticos a los habitantes de Berlín, ni que la repugnante pared de cemento, alambres de púas y tablas vaya a caer por obra de magia. Es de esperarse que los incidentes alarmantes continúen durante mucho tiempo, quizá meses o años enteros, pues una cosa es estar dispuesto a negociar y otra muy distinta estar dispuesto a llegar a un acuerdo. Empero, al comenzar el año de 1962, todo indica que si no se resuelve pronto el asunto de Berlín, al menos no empeorará.

La voluntad de negociar no es exclusiva de Jruschov. También el presidente Kennedy y los demás jefes de Estado de Occidente han expresado ese deseo, en diversas ocasiones y de múltiples maneras.

En contestación a una carta que le dirigieron 72 miembros laboristas del Parlamento, encabezados por Emmanuel Shinwell, en la que le pedían "una actitud más flexible" en la crisis de Berlín, el mandatario norteamericano dijo que los Estados Unidos "no están comprometidos a adherirse a

fórmulas rígidas, sino que se encuentran dispuestos a explorar todos los caminos que puedan llegar a una solución”.

Negociar, en efecto, es el único camino que queda, siempre que por negociar no se entienda apaciguar. La lección de Munich no debe desaprovecharse.

“Negociar” es una palabra eminentemente civilizada. Así lo entiende el venerable filósofo y pacifista inglés Bertrand Rusell, quien, en un llamado expedido en agosto de 1961, en su calidad de Presidente del Comité de los Cien Mil, dijo:

Yo invoco a la población de este país, así como a la de cualquier otro país que desee escuchar, a levantarse en una amplia protesta, con el grito de *Negociación, No guerra*. Si usted desea vivir, si desea que los suyos vivan, si le preocupa su país, si se inquieta por las proezas del hombre, su *deber* es, en este momento de supremo peligro, hacer todo lo que esté a su alcance para meter una chispa de razón y de humanidad en las mentes y corazones de quienes controlan los destinos de Oriente y Occidente.